

hacen al más audaz desmayar, son mi encanto, padre mio.

Yo veo, no sé por qué, en medio de ese caos, la luz consoladora; yo veo en mi imaginacion esas vírgenes tierras, y descubro los tesoros que encierran en sus entrañas.

No hay duda, no, creedme, tengo fe; me han calificado de loco, de visionario; pero no es cierto.

Desconfían de mí, porque no me comprenden; y perdonadme que os lo diga: yo mismo veo algo de sobrenatural en este deseo, que es el único de mi vida.

¡Cuánto he luchado!

Si lo supierais, aun tendríais más compasion de mí, porque he sufrido mucho.

—Lisboa, exclamó con lágrimas en los ojos aquel hombre inmortal, tú me recibiste en tu seno y me diste una patria.

En tí hallé la felicidad de mi alma, tú me otorgaste la inefable ventura de verme reproducido en un hijo adorado; bajo tu cielo concebí la primera idea de la empresa que es mi esperanza: ¡pero cuán caro me has hecho pagar estos favores!

Me has exigido la juventud, el amor, las ilusiones.

Afortunadamente, no has podido arrebatarme ni la esperanza, ni la fe.

CAPITULO V.

Un rey y un loco.



UANDO más avanzaba Colon en su relato, mayor era la emocion que su alma revelaba en sus francas palabras.

El prior del convento y los demas frailes que oian aquella narracion, participaban de un mismo sentimiento.

Este sentimiento era una profunda admiracion hácia aquel hombre, en cuya espaciosa y serena frente, en cuyos negros y penetrantes ojos, en cuya actitud humilde y majestuosa á la vez, no podian ménos de reconocer una naturaleza privilegiada, uno de esos séres destinados por la Providencia para dar en la tierra la más completa idea de la grandeza del Hacedor encarnada en sus criaturas.

El que se les habia aparecido al principio como un mendigo, como un pordiosero, y sin recursos para alojarse en una posada; el que llamaba á las puértas del convento implorando la caridad, el que solo les habia inspirado al principio ese deseo de proteccion sencillo, natural, comenzaba á tomar para ellos el verdadero carácter que tenia.

No era una obra de caridad, como las que á todas horas realizaban aquellos santos varones, la que iban á llevar á cabo.

Juan Perez de Marchena, el prior del convento, hombre á la vez de gran corazon y de superior inteligencia, capaz de comprender al viajero, veia en su llegada á aquella hospita-

laria casa una ocasion que le proporcionaba la Providencia de prestar á uno de los séres más privilegiados de la tierra la proteccion que podia dispensarle con la influencia que le habian adquirido sus virtudes, su talento y su carácter severo y bondadoso.

Todos los circunstantes, atraidos por la mágia de las palabras de Colon, se habian ido acercando á él hasta el punto de rodearle.

Ninguno separaba de él su vista, y sobre todo, el superior no quitaba sus ojos de los de aquel hombre, creyendo leer en sus miradas algo más todavía de lo que le decian sus palabras.

¿Y cómo no habia de suceder esto?

En todo tiempo, pero particularmente en aquella época oscura, en aquella época en que la ciencia vivia en un reducido espacio, en que apenas salia de los conventos, en que era patrimonio de un corto número de hombres, la aparicion de uno que, obedeciendo á una inspiracion sublime, revelaba con la sinceridad de la fe que habia soñado un nuevo mundo, un nuevo, inmenso y rico territorio, y que estaba seguro de realizar aquel sueño, tenia precisamente que aparecer un hombre sobrenatural, el que al vulgo y á los envidiosos solo habia parecido hasta entónces un misero demente.

—Y vos, amigo mio, dijo el prior, seguro como estabais de descubrir ese nuevo y soñado territorio, ese inmenso tesoro, defendido de las miradas de los hombres por las amenazadoras murallas del Océano, ¿no aspirasteis á convenceros de la verdad de vuestra inspiracion, no os sentisteis con bastante valor para luchar brazo á brazo con el Océano, arrancarle sus secretos y cubrir vuestro nombre de gloria?

—¡Ah! dijo suspirando Colon. ¿Vos me preguntais eso? ¿No habeis descubierto en mi rostro las huellas del dolor?

¿No habeis visto en las canas que empiezan à blanquear mi cabello, dándome una vejez prematura, no habeis adivinado que he luchado mucho, que me ha devorado largo tiempo y me devora todavía la sed de realizar mi pensamiento? Pero ¿cómo vencer la indiferencia, la ignorancia y la envidia?

Toda la vida de un hombre no basta para destruir uno solo de estos tres enemigos, que son los que la combaten decididamente y sin tregua.

—Pero al ménos, para tranquilizar vuestra conciencia, pra satisfacer vuestras aspiraciones, debisteis implorar la proteccion de los grandes.

—Y qué ¿no la he implorado?

El soberano de Portugal, don Juan II, es un monarca ilustradísimo: vos lo sabeis; un rey emprendedor, activo, inteligente. Todo lo grande, todo lo heróico, le seduce: ha escuchado á los sabios, ha estudiado con verdadero amor las ciencias. Cuando yo me acerqué á él, se habia apoderado de su espíritu un vivísimo deseo de unir la Europa con el Asia. Vasco de Gama habia salido á descubrir un camino marítimo para las Indias. Ninguna ocasion mejor que aquella; ningun soberano mejor que aquel para escucharme, comprenderme y apoyarme. Yo estaba convencido de que tenia los medios de realizar de una manera más ventajosa su proyecto. En mi imaginacion veia yo un camino más ámplio, más directo, tomando el rumbo del Oeste, y supliqué una audiencia al rey para revelarle mis planes, y pedirle los medios de realizarlos en beneficio de la fortuna y de la gloria de sus Estados.

—¿Y el rey de Portugal os escuchó?

—Generoso, benéfico, con la fe y la esperanza, me recibió en su régia cámara. Nunca podré olvidar aquel dia, en que resonaron por primera vez sus palabras en mi oido. Era di-

fácil para un hombre como yo, sin posición, sin influencia, sin patrimonio de ningún género, llegar hasta las gradas del trono.

A pesar de la oscura vida que yo hacía, los hombres ilustrados más próximos al rey habían tenido noticia de mis estudios, de mis proyectos, de mis esperanzas; y cuando humildemente me acerqué á algunos de ellos para implorar su mediación á fin de que me recibiera el rey, procuraron desilusionarme primero, evitar mi entrevista después.

Todo fué inútil: don Juan II sintió curiosidad, deseo de oírme, y cuando ménos lo esperaba, uno de sus gentiles hombres llegó á mi casa y me anunció que el soberano accedía á mis ruegos, y me honraba concediéndome una audiencia.

¡Oh! ¡Qué dulcísima esperanza nació en mi corazón y en el de mi adorada esposa!

—Vé, Cristóbal, me dijo llena de júbilo y entusiasmo: tal vez ha llegado para nosotros el día del premio: tal vez vas á encontrar en el monarca la mano protectora que necesitas para realizar esos sueños sublimes que llenan tu imaginación, para aumentar la felicidad de la mujer que te ama, para dar un noble ejemplo que imitar á nuestro amado hijo.

Y al decir esto, lágrimas de ternura surcaban sus mejillas.

Inmediatamente fui á palacio.

El rey no me hizo esperar.

Al entrar en su cámara, mis esperanzas se aumentaron.

No era aquella ostentosa habitación la morada de un rey ocioso.

Los caprichos del lujo, las riquezas, estaban postergados á los atributos de la ciencia.

Todo en aquella augusta morada hablaba de su dueño, y decía que el que habitaba allí era un hombre amante del progreso, conecedor de la ciencia; un hombre, en fin, que que-

ría legar á la posteridad su nombre con el prestigio de la gloria.

—¿Sois vos, me dijo, el estudioso geógrafo que está seguro de que guarda el Océano en su seno nuevas tierras, con razas primitivas, con riquezas inmensas?

—Sí, contesté al monarca.

Y le referí, con la voz elocuente de la sinceridad, las razones en que fundaba mi pensamiento.

El rey me escuchó con interés.

—No sé, me dijo, si soñais; pero de cualquier modo, vuestro sueño es grandioso y merecé la protección de un soberano.

No sois vos el primero que ha abrigado ilusiones tan magníficas como esa.

Pero de todo cuanto he oído, nada ha logrado convencerme de la manera que vos.

Yo os prometo someter al fallo de los hombres más sabios y más ilustres de mi nación el proyecto de que me habeis hablado, y si ellos, como espero, se convencen de la posibilidad de su realización, si ellos no encuentran argumentos bastantes para calificar de un sueño, solamente de un sueño, vuestro plan, yo os ofrezco todo mi apoyo, todos los recursos que necesiteis, todas las embarcaciones y todos los marineros que pueden ayudaros en vuestra empresa; y si tal sucede, no cambiaré mi gloria por la de ningún otro monarca de la tierra.

—Vos, padre mio, añadió Colon, dirigiéndose al superior, vos que habeis podido comprender mi alma desde que me oís hablar, no extrañareis que os diga que en aquel momento sentí una profunda gratitud hácia aquel poderoso rey, que fortificaba la esperanza en mi corazón.

Estaba seguro de que mi plan sería aprobado, y con esta confianza, apenas supe que su majestad había convocado un

consejo de sabios y de políticos para que examinasen mis proposiciones, pidiéndole un informe acerca de la posibilidad de mi empresa, aguardé tranquilo su fallo.

¡Tranquilo digo! No, no estaba tranquilo.

Aquellos altos personajes iban á decidir de mi suerte, de mi suerte que yo creía ligada al porvenir glorioso de una nación que me había amparado, y en la que había encontrado mi alma la más pura, la más grande, la más inmensa de mis felicidades.

Formaban el consejo el confesor del rey y algunos geógrafos, tanto más acreditados en la corte, cuanto que se separaban menos de las preocupaciones vulgares que había por entonces.

Mientras ellos estaban reunidos y examinaban mi proyecto, ¿por qué no he de decirlo? yo, tembloroso, volví á mi hogar para ver si encontraba en las palabras de mi esposa alguna esperanza que mitigase mi temor.

Era el anochecer.

Llegué á las puertas de mi casa, y pude entrar sin que nadie se apercibiera de mi llegada. Busqué á mi familia, y con sorpresa y alegría en mi corazón, encontré á todos aquellos seres que vivían en torno mio, en una habitación retirada, prosternados delante de una Virgen y entregados á la más ferviente oración.

Todo lo comprendí.

Obedeciendo á un impulso secreto, caí también de rodillas.

Mi esposa imploraba la protección de la Virgen en favor de mis planes.

Al verme, vino á mis brazos y me dijo:

—Vuelve, vuelve á saber cuál ha sido el resultado de esa sesión solemne, en la que una nación va á juzgar tus proyectos.

Mi corazón me dice que triunfarás.

—¿Y triunfasteis? preguntó el superior.

—¡Ah! No; sin duda alguna no había hecho bastantes méritos para alcanzar la protección divina, ó el triunfo que me reservaba la suerte era demasiado grande, para que yo lo consiguiese con tanta facilidad.

El consejo calificó de ilusorios mis proyectos, y aun hizo más: declaró mis ideas contrarias á las leyes de la física y á las de la religión.

—¿Será posible?

—Sí; yo, el hombre de la fe, el hombre que más motivos tenía para comprender y admirar á la Providencia, para amarla, era calificado por aquellos sabios, por aquellos altos personajes que rodeaban al rey, de ignorante y de anti-religioso.

Colón se conmovió profundamente al evocar este recuerdo.

El superior estrechó su mano con efusión.

—Animo, amigo mio, ánimo, le dijo; proseguid esa historia, sin olvidar que el martirio solo le sufren los que merecen alcanzar la gloria.

—El rey no satisfecho todavía con la opinión de sus consejeros, re dignó oírme de nuevo, y á ruegos míos nombró un nuevo consejo para que me escuchase.

Yo asistí á él.

Hablé, perdonad mi soberbia; expuse tales razones que no encontraron argumentos con que destruirlas.

Y sin embargo, rechazaron mis planes y me calificaron de visionario.

Pero al mismo tiempo, sin que el rey lo supiese, con una perfidia que yo perdono, comunicaron mis planes á un piloto, hombre audaz, atrevido, emprendedor y bastante diestro, y dándole recursos, le obligaron á partir misteriosamente en

un navío, sin otro fin que el de robarme mi pensamiento y el de que fuese á buscar el camino que yo habia indicado, como el que podia conducir al Asia más directamente, para darle la gloria que deseaba para mí.

—¿Y cuál era la causa de esta enemistad, de esta perfidia, de este odio hácia vos?

—¡Misterios son de la conciencia humana!

Yo no les habia hecho daño.

Si de algo era culpable, era de haber adelantado algo más que ellos en mis investigaciones, de haber refutado sus argumentos, de haber demostrado la insignificancia y la vulgaridad de sus ideas.

Tal vez llevé á su ánimo la conviccion, tal vez desperté en ellos la duda, y la duda les inspiró el propósito de buscar una persona que me suplantase, que me arrancase la esperanza, que era toda mi vida.

—¿Y conociais al piloto?

—Sí, no solo le conocia, sino que habia tenido ocasion de prestarle un gran servicio.

Al volver de su primer viaje le conocí.

Deseoso de oírle hablar de su navegacion, le escuché con entusiasmo.

Habia en él algo de extraordinario que me cautivaba, y fuí su amigo.

Una segunda expedicion le alejó de su casa, y dejó solas á su esposa y á una hija.

Durante mucho tiempo no se supo nada de él.

Un dia llegaron nuevas de que su embarcacion se habia perdido, y de que él habia muerto.

La pobre viuda vino á buscarnos con el dolor en el alma, con las lágrimas en los ojos.

Carecia de recursos, no tenia á quien implorar auxilio, y

nosotros, que éramos pobres, hicimos por ella cuanto nos fué posible.

Más de dos años compartimos con ella nuestro sustento.

Al fin cesó su amargura.

Un dia llamó á sus puertas el hombre á quien lloraba muerto.

La esposa halló al esposo, la hija al padre.

—Jamás olvidaré lo que habeis hecho por mí, me dijo, estrechando mi mano.

—¿Y sin embargo, fué capaz de haceros esa traicion?

—Os he dicho que le perdono. Hay pocos hombres que puedan dominar la codicia.

—¿Y decís que partió?

—Partió, sí, con las instrucciones de mis enemigos. Algun tiempo despues de haberse celebrado el consejo, llegó á las islas Azores, las abandonó para internarse; pero despues de haber navegado muchos dias, se volvió espantado ante la inmensidad del espacio, que formaba el único horizonte de su vida.

—¿Es decir que?...

—Que no tenia la fe que yo, que tal vez la conciencia le remordia al hallarse en medio de la inmensidad de los mares.

Poco despues volvió, y su vuelta confirmó la creencia del Consejo. Los que habian querido venderme, contestaron á las reiteradas indicaciones del soberano para que estudiasen mi proyecto, que sin su voluntad, y para convencerse de que no se equivocaban, habian costeadado una expedicion siguiendo el rumbo que yo habia trazado, y aseguraron que el resultado habia sido el convencimiento de que mis proyectos eran sueños.

El monarca quiso oír al piloto.

Este confirmó las palabras de los consejeros del rey, y su majestad, bondadoso conmigo, deseoso de protegerme, me abandonó al fin y al cabo, compadeciéndose de mí, y como los demas, llegó á creer que no era más que un pobre loco.

Este golpe fué fatal para mí.

Todas mis esperanzas se habian desvanecido, acaso para siempre; porque, á ¿quién pediria proteccion, ni quién me la daria, cuando supiera que todo un soberano habia estado dispuesto á ampararme, y que el convencimiento de la inutilidad de mis planes le habia obligado á dejarme en el abandono?

No perdía solo la esperanza del hombre amante de la ciencia, sino la esperanza del padre, del esposo y del hijo.

La fortuna que yo habia soñado para los míos se escapaba de mis manos, y al caer la venda de mis ojos, no hallaba en torno mio más que las huellas de la miseria.

Mi pobre esposa no pudo resistir tantas amarguras, y su muerte vino á aumentar mis terribles desdichas.

CAPITULO VI.

El peregrino.



ESPUES de una breve pausa, prosiguió el viajero su interrumpida narracion:

—¡Pobre Felipa mia! ¡Ella que era la única en el mundo que me habia comprendido, que habia dado fe á mis palabras, me abandonaba! ¿Qué iba à ser de mí?

¡Su pobre madre no tardó en seguirla al sepulcro!

Beppo, amaestrado por mí en el arte de la navegacion, ávido de surcar las hondas, habia pedido á su madre, y obtenido de ella, el permiso para embarcarse.

Se separó de nosotros ántes de perder á su hermana y á su madre.

Su suerte ha sido muy distinta de la mia.

Más tarde he sabido que es feliz, que cuenta con recursos para vivir holgadamente, y él es quien me ha animado á emprender este viaje, y quien me ha prometido velar por mi hijo, miéntras yo busco en todas partes, y hasta el dia de mi muerte, los medios de realizar mis planes.

—¿Y ha trascurrido mucho tiempo desde que visteis al rey de Portugal?

—Sí, han trascurrido algunos años.

—¿Y cómo habeis vivido desde entónces?

—En la miseria, abandonado de todo el mundo, considerado como un pobre loco.